

## Contra viento y marea



«**B**onito lugar para morir», pensé para mis adentros. Pero a pesar de mi epitáfica sentencia, tenía claro que no quería convertirme en polvo de estrellas todavía; era demasiado joven, y ya había suficientes caídos contra las llamas. Una vez más, mi atracción por la muerte me dejó inmerso en mis propios pensamientos, ausente a cualquier estímulo, con la vista clavada en la espuma que intentaba romper con furia contra el rompeolas. Un enjambre de gaviotas sombrías parecía jugar con ella, sin apenas desplazarse en el aire, colgadas de un hilo invisible sobre las últimas rocas del espigón. «Ojalá pudiese volar como ellas, sin miedo a un accidente, sin temor a mi último suspiro». Samuel, el mecánico, me devolvió al mundo de los vivos: «¿Belmonte? ¿Me oye, mi capitán? El barco está a punto de zarpar».

Apenas teníamos unos minutos. En breve estaríamos allí de nuevo, y la marea parecía ahora ganar bravura sin ningún disimulo. De estar Samuel en lo cierto, no podríamos seguir utilizando la protección del puerto, al menos mientras el ferri ejecutase su maniobra. Habría entonces que enfrentarse a un mar siniestro, tan oscuro como desafiante, que esperaría nuestra vuelta con las fauces abiertas, dispuesto a enviarnos al fondo de un certero y potente zarpazo, antes siquiera de amerizar.

«Flap arriba», ordené. Noté la pesadez de la máquina, cargada de mar hasta el máximo de su capacidad, esforzándose tozudamente por vencer la atracción gravitatoria. Sentí mi cuerpo amarrado a ella, en perfecta fusión con la aeronave, y por momentos creí llevar el peso de nuestro salado tesoro directamente sobre los hombros. Metro a metro, cogimos altura hasta que, colgados del cielo, pude ver otra vez al enemigo acechando tras una larga loma que moría en el Mediterráneo. Emboscado en la estacada, no mostraba

síntomas de estar herido, ni siquiera cansado. Al contrario, seguía avanzando vorazmente por un barranco, directo a los primeros chalés. Una densa maraña de maleza lo protegía y alimentaba.

«Seguro que esto lo han liado los hijos de perra esos que meten fuego para robar en las urbanizaciones desalojadas, como el año pasado», aventuró Samuel. No hubo lugar a respuesta, la voz quebrada del técnico irrumpió a través de los auriculares, jadeante:

—¡Foca, Foca! Necesitamos... la descarga... cerca de la cabeza. ¡Y cuánto antes! ¡El fuego está llegando a las casas!

¿Meternos en la cabeza? Sin duda ese era el momento que más disfrutaba: evaluar el desafío cuando más se complicaba, decidir si la maniobra era posible o si suponía un suicidio colectivo y, lo más emocionante, ¡cómo diablos hacerlo! Pura artesanía aeronáutica obligándome a elegir entre un incontable número de opciones, cada cual con sus incertidumbres y riesgos, bajo la estresante presión del apremio.

El objetivo, encajonado en el centro de un valle, estaba bien defendido. Un tendido eléctrico de media tensión por la derecha, perpendicular a la pendiente. Antena de telefonía, cien metros más adelante, sin tensores. Dos grupos de pinos ardiendo con fuerza antes de tirarse y, justo detrás, una barrera de aerogeneradores que, como los gigantes de Don Quijote, aguardaban cualquier descuido para tumbarnos de un manotazo junto a sus pies. Al menos habían dejado de girar; alguien, por fin, los había detenido. Súbitamente, un humo negro empezó a salir de una de sus palas. La parte inferior de aquel enorme brazo de fibra de vidrio había sucumbido al calor y comenzaba ahora a derretirse en forma de un hipnótico caldo de fuego.

Mi lucha interna por huir de allí o meterme de cabeza me hizo sonreír sutilmente, con una ceja arqueada. Mostraba esa sonrisa entre pícaro y vicioso que el hombre araña pondría antes de enfrentarse a su villano enemigo, seguro de sí mismo, disfrutando por adelantado del peligro de morir entre sus manos. Como él, sentía la contenida atracción de un impulso tanático. De repente, vi clara la solución al rompecabezas. «Gracias, Señor, por brindarme este orgasmo de descarga», pensé para mí.

—Dile al coordinador que nos metemos —comunique con voz rápida y decidida a mi segundo, el teniente Ramos.

Él se giró hacia mí irguiendo la espalda, con cara de “¿estarás de coña, no?”, pero al ver la mía, pareció resignarse a la tormenta. Sin mediar palabra, desinfló el pecho, volvió a mirar al frente con semblante compungido, tragó saliva y, finalmente, deslizó su joven pulgar sobre el raído pulsador de comunicaciones:

—En pasada, Foca dos nueve.

Acerqué fugazmente la mano a mi pecho, sentí mi crucifijo bajo el uniforme, cerca del corazón, y nos tiramos al agujero. Ya no había vuelta atrás. Apunté a la primera torre del tendido eléctrico; sabía que los cables estaban ahí, pero no se veían, así que era la mejor forma de evitarlos. Nada más descender, una sacudida nos zarandeó bruscamente; a pesar de estar a barlovento, la turbulencia hacía rato que había dejado de ser incómoda para convertirse en un amenazante riesgo añadido. Descendí entonces aún más y alabecé buscando poner el avión paralelo a la pendiente de la montaña; eso me ayudaría a iniciar el viraje. Miré el flotador derecho, por si tocábamos con la torre, y nada más rebasarla busqué la antena, que pasó a toda velocidad por nuestra izquierda convertida en una fugitiva estela rojiblanca. Los pinos ardiendo marcaban ahora el punto final de descenso al infierno; estaban justo en el morro, cercando el barranco. De nuevo turbulencia. Piqué a fondo y viré contra el viento. Los avisos rojos de presión de aceite parpadearon por un instante, consecuencia de la ingravidez y la agitación atmosférica. Ahora sí. ¡Allí estaba! Una sinuosa línea roja de llamas serpenteaba vigorosamente entre el humo hasta devorar los setos de un coqueto chalé pareado. ¡Teníamos la cabeza a tiro! «Tres, dos, uno», apreté el botón de lanzamiento del viejo anfibio. Inmediatamente, oí el golpe seco de las compuertas al liberar el agua del mar, ávida por salir de su encierro y detener el avance de las llamas, justo antes de las casas. Alguien, en algún lugar, estaría agradecido.

Giré el volante con violencia a la derecha, hasta sentir en las muñecas que había chocado contra su tope. El brigada Samuel subió el flap y el teniente Ramos inyectó queroseno a degüello, hasta el cien por cien de potencia. De inmediato metí pie: el empuje de los motores pedía al avión un mayor uso de los pedales, y el avión a mi cuerpo.

«Mierda de turbulencia, demasiada para semejante viraje». Las luces rotativas de un camión de bomberos cruzaron a toda prisa por debajo de la quilla, como una furiosa centella rasgando el suelo a escasos metros de nuestras fugaces botas. Tocaba salir de aquel agujero, pero justo delante la barrera de aerogeneradores nos cerraba el paso. En cuestión de segundos, aquella colosal valla se había convertido en una trampa demasiado próxima para poder esquivarla y demasiado alta para ser remontada. De nuevo, sonreí con malicia; ya había previsto esa posibilidad antes de tirarnos, sabía que podía ocurrir y que solo quedaría una opción: atravesarla. Era la primera vez que intentaba algo así, porque algo así no se puede entrenar; no se planea, ni ensaya. Lo haces un día o no lo haces, como en los grandes lances de una batalla, bajo la euforia que impone el frente enemigo.

Oí la voz del coordinador a través de la radio... «Foca... Eeeh... Foca... Cuida...», pero no terminó su frase. Vi la pala incendiada, que ahora chorreaba fuego con total generosidad al otro lado de mi ventanilla. Saqué el viraje, me alineé hacia la salida y alabé de nuevo deseando no tener tanta envergadura. Era el momento estrella de nuestra arriesgada exhibición aérea. Un increíble espectáculo carente de espectadores. Lentamente, con la elegancia de un chulapo madrileño, como si no pasase nada, las turbinas del Canadair cruzaron silbando entre los recios pilares blancos de dos aerogeneradores. Miré hacia arriba y leí el rótulo impreso en la góndola: Gamesa Eólica.

—Nos ha faltado echarnos espray de plata en la boca, a lo *Mad Max*. ¡¡El Valhala nos esperal! —reí yo escandalosamente, empujado por la adrenalina del momento.

—¡Brutal! —soltó Ramos, mientras se aferraba al asiento con los brazos estirados y los pies recogidos—. ¡Estamos en la maldita Red Bull!

—En la Red Bull los obstáculos no son de acero forjado, esto solo se hace en el 43 Grupo —puntualizó Samuel, con acierto.

Nada más completar el viraje, todavía entre risas eufóricas, vimos de nuevo el pequeño puerto de Motril asomando tras la loma incendiada, muy por debajo del humo, más allá del EVA número 9. Poco a poco, a medida que descendíamos, la nube de gaviotas sombrías fue perfilándose de nuevo sobre el espigón, dibujadas por la mano de

un artista incorpóreo. Fue entonces cuando el semblante de Ramos volvió a cambiar como de la noche al día. «Esta vez no podremos entrar, el ferri ya está zarpando», me hizo notar... preocupado. Su inquieta mirada, clavada en el barco, emanaba el flemático miedo a la muerte que yo mismo saboreé años atrás, cuando volaba en su asiento. Razones no le faltaban; sabía que debíamos enfrentarnos al mar abierto, ese que tantos anfibios había derribado con sus aviadores dentro. Me fijé de nuevo en las olas y lo pensé dos veces. Sin duda, la intensidad de la mar de fondo prometía un gran desafío, pero después de tres semanas volando sin tregua me sentía entrenado y, lo más importante, sabía cómo hacerlo. Lo había aprendido a base de sangre, sudor y fuego.

Sentado en mi pequeño rincón flotante, bebí agua, relajé el cuello y apreté aún más mis atalajes. Todavía quedaba mucho combate.

—Preamerizaje —ordené.